

La avaricia de los objetos en los cuentos de Maupassant

(En el centenario del escritor, 1850-1893)

¿Qué queremos decir cuando hablamos de una inmensa, pero escogida tropa, que va desde Bocaccio, La Fontaine, por supuesto Cervantes, Melville, Buzatti, Karen Blixen, Stendhal, Chejov, Gogol, Babel, Borges, Poe, Barbey d'Aurevilly, Merimée, Kafka, Schultz, Calvino, Schnitzler, Joyce, James, el mismo Salinger, y nos paramos de repente en un meteorito que revolucionó todo lo heredado y aprendido, sobre todo lo aprendido de Flaubert, meteorito que llevaba por nombre Maupassant? Pues estamos hablando evidentemente del cuento, del relato breve, género que este rotundo normando que moriría loco y creyéndose continuamente otro en sus alucinaciones, reinventó y concentró de una manera inigualable, impresionista, negra, fulminante, influyendo de manera directa en toda la escuela americana. Desde 1880, año de la publicación de su quizá más célebre cuento junto a *El Horla*, el relato breve titulado *Bola de Sebo*, desde ese año hasta comienzos de los años noventa, donde comenzarían a aparecer los síntomas ya inequívocos y graves de su locura, provocada por la sífilis y el abuso de drogas para combatir sus continuas migrañas; desde ese magistral relato que reunía a todo un mundo —nobles, burgueses enriquecidos, monjas, militares, putas, revolucionarios—, un mundo retratado en cápsulas geniales, un mundo que representaba todo el conjunto de una humanidad rigurosamente infrecuente; desde entonces este maestro del género publicó unos trescientos cuentos, aparecidos normalmente en periódicos y recogidos luego en volúmenes.

Su naturalismo colérico, su *dirty realism* era un verdadero cortocircuito. Menos sistemático y épico que el de Zola, el de Maupassant subrayaba la realidad sin deformarla: donde Zola mitificaba, él, con todas las ilusiones perdidas de la realidad “que se repite sin cesar y lamentablemente”, desmitificaba, arrasaba. Como gran desengañado y

pesimista que era, como misántropo profundo de la desolación, su inteligencia no se dejaba cegar por la borrachera autocomplaciente, por la confusión de esa realidad que no cesa, y en cambio sí sabía extender en cada momento el tapiz inclemente de la avidez más feroz de la vulgaridad más penosa, de la mezquindad más corrompida: el gran espectáculo sin artificios de la “podredumbre del mundo”.

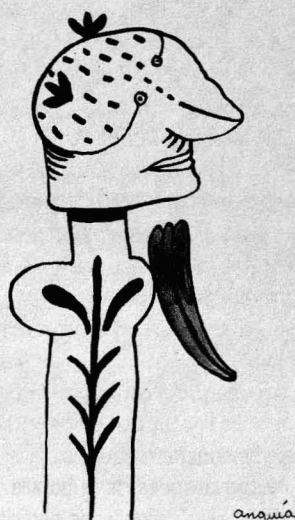
Ídolo, triunfador de su tiempo, imagen de moda que sin embargo choca al natural con una falta absoluta de gracia y vivacidad, seductor infatigable al que las mujeres adoran y escriben anónimamente, se mezcla hasta el fondo con la sociedad que detesta y fustiga en sus novelas y cuentos, quizá porque, con Julien Sorel, sabe que “la hipocresía es la única forma moderna de insumisión”. Flaubert, su gran y paciente maestro y padre literario, cosa importante para él que era hijo de padres separados, le da sus primeras lecciones de la *école du regard* naturalista: “Se trata de mirar todo aquello que queremos expresar durante el tiempo necesario y con la suficiente atención como para poder descubrir un aspecto que no haya sido visto por nadie”. En eso, Maupassant luego diría que empleó “siete años con Flaubert, en lo que

otros emplearían cuarenta años”. Pero el maestro continuará afinando el ojo de su discípulo: “Si lo que quieres describir es un fuego ardiendo y un árbol en la llanura, quédate mirando el fuego ardiendo y el árbol en la llanura, hasta que dejen de parecerse a ningún otro fuego y a ningún otro árbol”. También, antes de esto, Stendhal un día le trazó el plan de trabajo, “de observación” a su hermana:

Estás destinada a pasar aún dos años de tu vida con tontos. Toma la costumbre de considerarlos por el lado cómico, e intenta sacar de ellos buenas historias para hacer reír a tus amigos. En tu provecho, estudia al hombre; mira cómo han logrado con tan gran esfuerzo volverse así de tontos, lo que las circunstancias han contribuido a ese noble designio, lo que ellos mismos han hecho por su parte. Busca el camino que tú hubieras seguido, si hubieras estado en su lugar, para evitar las costumbres de la cabeza y el corazón a las que ellos se entregaron.

Como se verá, la escuela de la mirada, en uno y otro caso, exige la misma concentración, y en el segundo de los casos la misma concentración de un horror que luego se leerá a la inversa.

Bola de Sebo, *Mi tío Jules*, *Miss Harriet*, *El vagabundo*, *Hautot padre e hijo*, *El Horla*, *Dos amigos*, *La casa Tellier*, ¿qué tienen en común todos estos cuentos, aparte de ser joyas, de rozar la perfección dentro del género? En estos relatos fulminantes, cuentos, ficciones, *short stories*, crónicas a lo Stendhal, reseñas o aventuras vertiginosas y puntuales de actos breves o zarpazos abismados en dos o tres objetos y dos o tres gestos, los personajes de Maupassant, como decía el crítico francés Etienne, escogen ser apenas “larvas”, antihéroes: seres desvalidos, desprovistos casi de inteligencia y voluntad, juguetes o presas asom-



Nombres y hábitos en España

Braulio Peralta

bradas de cazadores implacables, "animales en medio de los hombres", demasiado embrutecidos "para comprender a fondo su insondable miseria", demasiado limitados y borrosos, "como inexplorados", como inválidos y exiliados pre-Roth (el conde des Barrets de *Camarero*, una caña es huésped habitual de las tabernas después de su desastre familiar, y dice que si es viejo, es porque "no toma el aire": "no hay nada que estropee tanto como la vida de café"). Seres a veces, muchas de las veces, abruptamente idiotas que parecen pensar por primera vez a cada instante, como arrojados o descargados como un fardo "en un universo sin razón de ser".

Pero Maupassant sabía muy bien la verdadera importancia, la importancia cruda y material en ese mundo fundado en la posesión y en la enfermedad más directa de ésta, su desviación, que no era otra que la avaricia y la mezquindad. Ahí, en ese mundo de campesinos crueles e innobles, como muy bien sabía también Jules Renard, en ese mundo de míseros pequeños burgueses que están dispuestos a asesinar a un familiar para adelantar los beneficios de una exigua herencia, en ese mundo el rey es el objeto: nada se desaprovecha, todo se traspasa. El militar que fusila a los dos desgraciados pescadores domingueros en *Dos amigos* se quedará con los peces que aún colean en el cesto de los muertos arrojados al agua; el farmacéutico que quería denunciar a la vagabunda que lo ama platónicamente desde la primera vez que lo vio en la infancia, aceptará sin embargo el carro que le ha dejado en herencia, lo mismo que de pequeño aceptaba las monedas que la vagabunda le iba entregando con devoción, rascadas de aquí y de allá, en el cuento *La sillera*; los pérfidos y desalmados burgueses de *Bola de Sebo* devorarán ferozmente la cesta de provisiones de la joven prostituta, a pesar de su oscura procedencia; el pan, con costra o sin costra, estará situado en el mismo lugar de la mesa y el mismo día de la semana, tras morir el señor Hautot y pasarle su querida, como una hacienda, a su obediente hijo, igual en todo al que lo trajo al mundo; y, por fin, unas simples ostras serán el detonante de todo el hundimiento familiar, tras ser servidas por un viejo mendigo en el que los modestos burgueses ven a su esperado tío de América, el tío Jules, que los salvaría de todos los sinsabores, y al que ahora evitan rápidamente antes de que él los pueda reconocer y los hunda en la vergüenza en que hunden los fracasados a los que tocan o a los que simplemente conocen. ♦

Escenas del crimen

El paisaje humano: una mujer busca en la vena de los pies el lugar adecuado para inyectarse una dosis de heroína; un joven, tirado en plena calle, después de inyectarse, se ha quedado con la jeringa en uno de sus brazos. Parece muerto. No, no son más que los efectos del piquete, por el momento. Más adelante, una muchacha, desesperada por conseguir la droga, atrás del vendedor que se niega a dársela porque no alcanza el precio de la misma.

Estamos en el "paisaje con jeringuillas", que pueden ser los suburbios madrileños o el pleno centro de la Gran Vía. Y no es tan tarde: a partir de las 10 de la noche puede empezar el espectáculo.

El ambiente siempre es el mismo: los desesperados por un piquetito son los primeros en llegar. Después vendrán los vendedores. Pasarán en sus autos aquéllos que sólo llegan a adquirir el producto para picarse en otra parte, escondidos del mundo de la calle. Y los últimos, aquéllos que han estado pidiendo limosna todo el día para pagar el precio a su adicción. Todo lo dan por un gramo de heroína, aunque ese gramo haya sido adulterado hasta diez veces de su original. El aspecto en ellos casi siempre es el mismo: jovencitas entre 17 y 25 años que han llegado a la prostitución para conseguir su papelina; ellos, de la misma edad, con el mismo oficio, o ladrones. Son los marginados de la sociedad.

Hay diversos tips para entenderse. Es el argot alrededor de la droga que hasta la Academia de la Lengua ha incorporado al lenguaje aceptado como castellano: "perico", el más común para llamar a la cocaína, que últimamente ya tiene diversas denominaciones (farlopa, cunya, "alita de mosca, puritito nácar", etcétera); "burro", la droga más letal, la heroína, que es el caballo, potro, nieve, jamaro, chino; y el famoso costo, la droga más popular entre todos los sectores de la sociedad española: el hachís o chocolate, mierda o goma, canuto, porro o mais. Es la contribución de la droga al lenguaje de nuestro castellano.

Paisaje después de la batalla: en la madrugada, esas calles, esos barrios, esos es-

pacios que quedan decorados de jeringas tiradas en el suelo; restos de sangre, papel de plata con el que se quema la heroína para ser inhalada; varios atuendos de ropa que van desde una bolsa hasta unos pantalones o un vestido o un vestuario completo de hombre y de mujer. Y, cómo no, de vez en cuando, también por la madrugada, un cuerpo sin vida que se ha quedado en el viaje. Ni modo, se le pasó la mano o le dieron droga adulterada que le produjo la muerte. Cuerpos que recoge el forense y que generalmente nadie reclama para su sepultura. Es el final de "la fiesta". Otro día ha empezado.

Un golpe cálido

William Burroughs, en su novela *El almuerzo desnudo*, define mejor que nadie el efecto que la heroína causa en un principiante:

es un golpe cálido que te llega primero a las piernas, luego a la nuca y el resto de la cabeza, para acabar extendiéndose por todos los músculos y huesos, produciendo un relax insuperable; algo que te hace flotar para toda la eternidad. Con algo así entre las manos, ¿cómo vas a pararte a pensar en la gente que te rodea?

Pero, repetimos: es el primer contacto con la droga. Después de la adicción a ella, viene el abismo. Tener "el mono", la angustia por una dosis de droga, puede llevar a un heroinómano a matar. Y con una navaja en la mano: así lo han hecho innumerables ocasiones a la salida de los teatros, de los museos, del cine, intimidando a la gente. Y al que le toque toparse con uno, o le das dinero, o puedes llevarte un navajazo, en el mejor de los casos, porque ahora te amenazan con jeringas desechables. No es amarillismo: es realismo puro y duro que hemos vivido.

Aquí pueden verlo en las fotos: un agente detiene a un ladrón en busca de dinero para su adicción. Y le incautan la navaja. ¿Se los decimos en la jerga de criminales? "Un chapa coloca a un choro y le guinda la chuli." No tienen miedo de nada. Son capaces de picarse heroína adulterada que les puede pro-